

La piel sueña entre las ramas

1

El árbol es apetito de fuga, sosegada acumulación de luz.

Desde el polvo, anclado al ombligo de la semilla, las ramas ingresan a la duplicidad del día y reverbera sin fronteras al tacto.

El viento repta su despliegue de rutas al sol naciente, avanza envuelto en músicas de albas o en aromas matinales próximos al olvido.

En su interior, a punto del derrame, brillante rojo enfurecido, el fruto preserva el goce e incuba risas de infantes.

Con los brazos extendidos hacia un azul impenetrable, el árbol, soberano aquí y allá, anuncia su caída, único vuelo posible en el horizonte y la distancia.

Ahora descienden los infantes, se precipitan extasiados, al fondo de mieles que pronto cristalizarán en sabores dulcificantes.

Pájaros, corazón del jardín, nacen en oscura lealtad. Nace la noche del árbol, vibra al calor de las miradas y los murmullos.

David Marín Hincapié

2

El regreso a las memorias toma el camino del espejo, se anuda en rincones de la casa, en pasajes sustraídos ante ojos abiertos, en carne temerosa y deseos implacables.

La mirada reaparece en lugares predestinados para lechos pacientes, para amasijos de cabellos, allí donde se desgrana una experiencia muda, en noches de búsqueda y humedad.

Avanza el testimonio, repta por las paredes del cuerpo, excava en zonas íntimas de provocación. Sucede su gemido, el desenlace irreparable, la visión de la sangre.

David Marín Hincapié